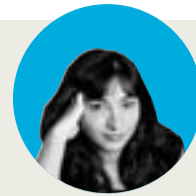


RUTA POR EL PACÍFICO VERDE CAP.1**MERCEDES GALLEGO**

La diosa de Norteamérica

Los ecologistas quieren **convertir Vancouver en la ciudad más verde del mundo**. Greenpeace nació aquí



Canada Place, el muelle más importante de la región, con restaurantes, cines, comercios y un centro de convenciones.



A las ciudades no se las conoce por sus monumentos sino por su gente. O por sus montañas. Por eso Washington DC es una ciudad sin alma llena de monumentos, museos y burócratas mientras Vancouver es la savia verde de Norteamérica.

La corriente progresista que se desborda por el Pacífico desde los Territorios del Norte hasta San Francisco se nota desde que uno se sienta en el avión. El trasbordo ha sido en Dallas, porque aunque el vuelo directo desde Nueva York puede costar 200 dólares (160 euros) con un mínimo de planificación, los que vamos atando cabos a última hora pagamos el precio peregrinando por la América profunda. Para cuando el avión despegue de Fort Worth con destino a Vancouver el ingeniero de Fujitsu y su orondo compañero de asiento han sido sustituidos por Mark y Robert, un matrimonio canadiense que alimenta con mimo a su querubín de año y medio a base de aguacate fresco y canciones infantiles, para sorpresa y deleite de las azafatas de American Airlines.

El aeropuerto de Vancouver anuncia con gritos de pájaro que esto es Canadá, el segundo país más grande del mundo después de Rusia, habitado por apenas 34 millones de personas. O sea, menos que España y nueve veces menos que su vecino del sur, que ya presume de vastas extensiones frente a la vieja Europa.

Nada más bajar del avión uno se encuentra con la mayor colección de arte aborigen que existe en el país, salpicada entre las terminales y organizada en torno al Corredor del Pacífico, una laguna artificial que reproduce los pájaros de la Columbia Británica. Por algo es el aeropuerto favorito en Norteamérica de los lectores de Conde Nast, que también consideran Vancouver la mejor ciudad de todo el continente.

Es hora de poner a prueba el transporte público, talón de aquiles de Norteamérica. En 25 minutos y menos de 8 euros el Skytrain traslada a los recién aterrizados hasta el malecón más céntrico, bañado por el mar en sus cuatro costados. Greenpeace no podía haber nacido en ninguna otra parte.

La ciudad emerge del mar como una diosa entre montañas resquebrajadas por las venas blancas de nieve perenne en sus crestas. El hechizo se produce cuando el sol funde la cortina gris que cae con demasiada frecuencia sobre Vancouver. «Quienes vienen a Vancouver se enamoran



Monumento de Inukshuk. Es un símbolo de los inuit (indígenas del ártico) que representa la amistad y la hospitalidad.

del agua y de sus montañas, de la belleza natural de la ciudad, tanto que muchos se quedan a vivir para siempre, dispuestos a sacrificar cualquier ambición para disfrutar de esta paz y esta naturaleza amable. Por eso son tan conscientes de que la tienen que proteger», explica Andrea Reimer, presidenta del comité de Planeación y Medio Ambiente del Ayuntamiento, que se ha propuesto hacer de Vancouver la ciudad más verde del mundo para el 2020.

Nuestra anfitriona en el comienzo de la aventura del Pacífico no es la política de turno. Nadie lo es en Vision Vancouver, la coalición de ecologistas que gobierna la ciudad desde hace tres años y aspira a renovar mandato en noviembre. No es mucho tiempo para llevar a cabo planes tan ambiciosos como los que tienen, pero los canadienses no dan cheques en blanco a sus políticos.

Casas para vagabundos

Antes de ser alcalde Greg Robertson había fundado la compañía de zumos ecológicos Happy Planet y todavía llega al Ayuntamiento en bicicleta. «¡Y ni suda el traje!», apunta Andrea muerta de envidia. La que fuese directora de la organización ecologista más grande de Canadá, Wilderness Committee, ha tenido que sacrificar el vehículo de dos ruedas para

llegar al Ayuntamiento aseada cada mañana a costa de bajar las colinas quemando gasolina. Atrás quedan sus años de punkie, de drogas y hasta sus días de dormir tirada en las aceras, que le han dejado sobre la mesa del despacho una enorme solidaridad con los sin techo que se reparten las plazas.

Robertson ha prometido sacarlos de las calles en tres años pero no al estilo de Rudy Giuliani, que limpió Nueva York metiéndolos en la cárcel o subiéndolos en un autobús a ninguna parte, sino construyéndoles casas. Ya llevan 670 y les quedan 140 para terminar de ubicar a los que tienen registrados. «Aquí hemos superado la mentalidad de intentar resolver los problemas a golpe de cárcel», explica Andrea. «Si alguien bebe en la calle porque tiene un problema de alcoholismo, lo llevamos a un centro de desintoxicación. Si se pincha le proporcionamos jeringuillas limpias. Así es como hemos logrado por primera vez reducir la población con sida. Es más barato y más humano que meterlos en cárcel».

Si ya antes Vancouver era la mejor ciudad de Canadá para los sin techo, por la amabilidad de su gente y su clima benigno, el nuevo pleno del Ayuntamiento intenta sacarlos de la marginalidad. East Downtown sigue teniendo la mayor población de portadores de sida de todo el hemisferio occidental, pero las muertes por sobredosis han caído drásticamente. «Ese programa es un éxito ¡enooorme!», insiste Andrea.

Dicen que cuando vayas a Roma haz como los romanos, así que esta entrevistadora ha llegado a su cita en el Ayuntamiento de acuerdo al uso local, con el casco bajo el brazo y el

Que vienen los chinos

Hasta las rosas tienen espinas. Vancouver vive una explosión económica que muchos achacan a la invasión de capital chino y que no agrada a todos. Con el euro tambaleándose y el dólar estadounidense por los suelos, el canadiense se ha apreciado hasta alcanzar niveles nunca vistos de los años setenta. Su riqueza energética y la diversidad de su economía, con buenos programas sociales y hasta sanidad pública, lo hacen todavía más atractivo. Y de tener que vivir en Canadá, ¿quién no elegiría la ciudad más cálida del país?

Es entonces cuando llega la pesadilla de buscar piso. Vancouver ha llegado a tener apenas el 0,3% de casas vacantes en el mercado y con un agresivo programa municipal llega ahora al 1,5%. Casi como Manhattan.

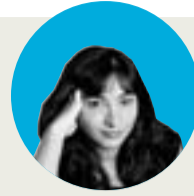
chubasquero de goretex, que es el uniforme local para cortar el viento sin transpirar demasiado. El cable del freno que se ha salido nada más aparcar no estaba en el guión, pero con tanto ciclista en la nómina municipal no falta quien lo recolocase con una sonrisa.

Pócima de amabilidad

En Vancouver es como si todos se hubieran caído en la marmita de Asterix, pero llena de la pócima de la amabilidad. Esta neoyorquina de adopción lleva más de una década abriéndose paso a dos ruedas en la jungla urbana, pero ni los 775 kilómetros de carril bici que ha inaugurado Nueva York pueden batir la experiencia de Vancouver. No es que los conductores respeten a ciclistas y peatones, ¡es que se anticipan a sus movimientos! Antes de que pongas un pie sobre el asfalto ya han frenado en seco. Si no lo hacen los peatones regañan con una sonrisa, que es la tarjeta de visita local. Lo que hace de Vancouver la ciudad con mejor calidad de vida de Norteamérica no son solo sus parques, sus abrazos de mar, su aire limpio y sus políticos, sino esa amabilidad general que saca lo mejor de cada uno, en vez de lo peor, como en otras ciudades donde uno acaba ladrando tanto como los demás. Por su gente les conocerás.

Es la mejor ciudad de Norteamérica por su mar, sus parques y su gente

▶ Próximo capítulo el miércoles 20 de julio

RUTA POR EL PACÍFICO VERDE CAP.2**MERCEDES GALLEGO**

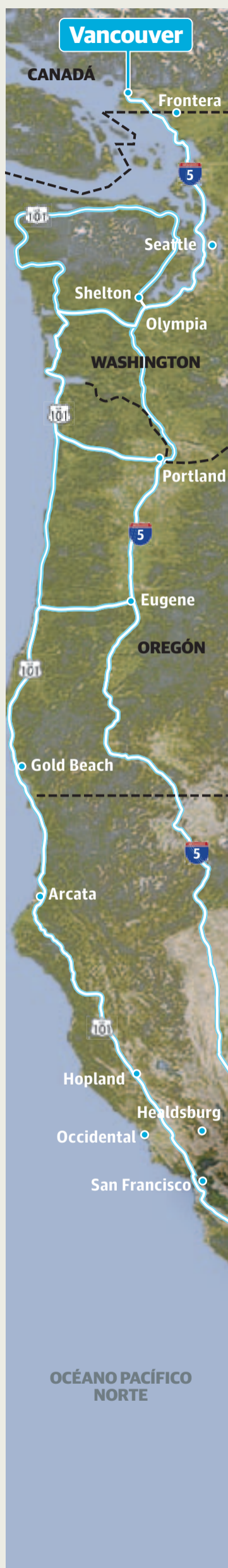
Metamorfosis en el paraíso

Toda la amabilidad de **Vancouver encuentra su lado oscuro en el hockey**, la Biblia que les une



:: RICH LAM/AFP

Scott Jones atiende a su novia Alex Thomas, en medio de los disturbios de la Copa Stanley, en Vancouver.



Canadá inventó el hockey sobre hielo, y eso se palpa en las calles de Vancouver siempre que hay partido.

El destino ha querido que el periplo de esta correspondencia tropiece con la final de la Copa Stanley, que viene a ser como la Eurocopa del fútbol. Solo que aquí, en Canadá, el país que inventó el hockey sobre hielo, se juega más que un deporte. Boston le disputa a Vancouver el título con jugadores canadienses.

Cuando la masa se echa a la calle blandiendo banderas con pintadas de guerra la tensión se corta a cuchillo. En el Ayuntamiento la concejala de Planeación y Medio Ambiente, Andrea Reimer, está encantada con que el pueblo haga uso de las plazas públicas, donde se televisa el partido para los que no han podido pagar 2.000 dólares por entrar en el estadio, pero a esta servidora se le atraganta la comida tres horas antes de que salga el tren. «Mejor me la pone para llevar». Y con la bolsa de papel en la mano toca sortear a la muchedumbre para llegar hasta el hotel. La tragedia se huele en el aire.

Nada, ni un taxi disponible. La recepcionista del hotel se pasa casi una hora al teléfono hasta que no queda más remedio que lanzarse a por el transporte público. Lo peor no será navegar las calles con el equipaje sino encontrar hueco en uno de los trenes atiborrados. Afortunadamente la maquinaria del Ayuntamiento está bien engrasada y se suceden sin descanso. Al tercero va el vencido, de este no pasa, aunque sea a empujones. El último tramo de calle

hasta la estación, ya lejos del estadio, vuelve a ser el Vancouver de cada día, entre puestos del mercado de granjeros.

En la Central Pacífico, Amtrak, la compañía ferroviaria de EE UU, tiene otra sorpresa. El tren no es un tren, sino un autobús, y su conductor recibe con un gruñido a los escasos pasajeros que se disponen a viajar a la hora del partido. Cuando por fin se le saca algo de conversación, aflora su amargura. «Hoy era mi día libre, yo tenía que estar viendo el partido», protesta. «¿Y qué pasó?», se le pregunta –el viaje es largo, mejor que se desahogue y nos hagamos amigos–. «¡Que el otro tipo fue más listo que yo y llamó para decir que estaba enfermo!». Y así, con unos

cuantos gruñidos más, dejamos atrás la ciudad en llamas, literalmente.

«Los canadienses podemos perder en todo, ¡menos en hockey! Eso es una tragedia nacional», anuncia fúnebre el conductor cuando el 4-0 sentencia la final.

Altavoces y no porras

Las cien mil personas que expresan su frustración con menos ladrillos y más violencia acaban prendiendo fuego a los coches y a la oficina de correos. Al principio la Policía no saca la porra, sino los altavoces. «¡Id a casa, estáis avergonzando a la ciudad de Vancouver!», gritan los agentes, con un discurso que en cualquier otra parte del mundo hubiera desatado a risa. «¡Dejad de destruir vuestra

ciudad!». A estas horas Andrea Reimer, con su pasión por devolver a la gente los espacios públicos, debe tener el corazón roto viendo esos destrozos, ahora que sus años de punkie y de vagabunda son cosas del pasado. La Policía empuja a las masas e intenta disuadir a los más enfurecidos, pero tarda en sacar los gases lacrimógenos y otras armas de guardar. Al final los que saldrán retratados en las portadas de los periódicos de todo el mundo serán los fanáticos cabreados, dando alaridos sobre los coches en llamas. Como el 28-M la foto mundial fue para los Mossos de Esquadra de Barcelona pegando a minusválidos en sillas de ruedas. Cada cual se labra su reputación.

Y entre medias, la del amor, una pareja besándose en el suelo rodeada por el caos. En Vancouver los vándalos han tenido que enfrentarse a la vergüenza pública de toda la ciudad y han quedado señalados para siempre por sus propios vecinos. A más de un chaval el padre lo ha llevado de la oreja ante las cámaras para pedir perdón. No se ha hablado de otra cosa en dos semanas. De eso, y de la pareja que cambió la llama de los cóctel molotov por la de la pasión... en teoría. Al parecer, la auténtica versión es que ella recibió un golpe en la cabeza y su novio la socorrió. En cualquier caso, su foto ha dado la vuelta al mundo con un mensaje inmune al tiempo que siempre merece ser recordado: Haz el amor y no la guerra.

▶ Próximo capítulo el sábado 23 de julio

Cuna de la 'Dieta de las 100 millas'

Ross Moster, fundador de Village Vancouver, lo compara con la teoría de la rana. Si tratas de echar una rana viva en una olla hirviendo saltará escaldada, pero si dejas que el agua se caliente poco a poco se quedará sentada en la olla hasta morir abrasada. «Y eso es lo que nos está pasando a nosotros», sentencia. «La gente no reacciona si no percibe la amenaza».

No hace falta ser un alarmista para predecir que los tiempos de la abundancia energética tocarán pronto a su fin. Según un estudio de la revista Energy Policy, la demanda mundial superará la producción para 2015. ¡En menos de tres años! Los más optimistas prorrogan ese punto de inflexión hasta 2020, con la consiguiente escalada de precios. ¿Cómo nos estamos preparando para ese día crítico?

En Vancouver lo hacen a través del movimiento Transition Town, que ha encontrado terreno fértil en esta gran ciudad con alma de aldea global. Aquí no quieren ser capital de nada, solo un pueblo donde pasen muchas cosas. Esta es la cuna de la 'Dieta de las 100 millas', esa que desafía a subsistir con los alimentos que se produzcan en 160 kilómetros a la redonda. Suena fácil, pero si mira las etiquetas del supermercado probablemente descubrirá que los espárragos son de Perú y los kiwies de Nueva Zelanda, el café de Colombia y el salmón noruego. ¿Sabe cuánto petróleo ha habido que quemar para traerlos hasta su frigorífico? ¿O cuántos agricultores locales han desaparecido con la avalancha de agricultura global?

Por eso el localismo es la religión oficial de Vancouver –des-

pués del hockey, no hay que blasfemar-. Las grandes corporaciones no han hecho carrera entre tantos feligreses que se lo toman como una oración diaria para salvar al mundo. El 97% de las empresas son negocios locales y no hay mayor acicate de ventas que ofrecer un producto local, artesano y ecológico. El reclamo electoral de apoyar la economía local es lo que ha llevado a Gregor Robertson hasta la alcaldía.

Su gobierno ha cedido hasta los jardines del Ayuntamiento para que cualquiera pueda plantar su huerto. A la gente no le interesa guardar latas de cerveza en la alacena, prefieren el jugo de malta ecológico que Leslie Fenn fermenta con mimo en Squamish, a medio camino entre las corrientes de rafting y las pistas de esquí. El eslogan de

'Cerveza por el Cambio' y la donación de un dólar por botella a los parques naturales compensa con creces que no aguante más de seis meses en el frigorífico. «A la gente de aquí le gustan las cosas frescas», explica.

Pescar en frente de casa, coger los huevos del jardín, compartir el coche o las herramientas con el vecino. «En Village Vancouver creemos que el futuro puede ser mejor, que nos podemos adaptar, reconectar con la naturaleza y no pensar que la vida será mejor con el último aparato», dice Ross, que por mucho que piense en sobrevivir en la era poscarbóno no tiene nada de tremendista. Simplemente quiere estar preparado, saber cómo cultivar su propia comida, cómo guardar las semillas, conocer a sus vecinos. Y como él son ya 3.000 miembros en menos de tres años, porque Vancouver es «una ciudad que descansa en sus laureles», dice sonriendo. «O sea, en su naturaleza».